

Una pequeña formalidad

Luis Miguel González Cruz

PERSONAJES

HOMBRE.

MARIDO.

MUJER.

HIJO.

Tras una mesa, un HOMBRE escucha las peticiones de una pareja al otro lado de la mesa.

HOMBRE.- Entonces... Están ustedes interesados.

MARIDO.- Mi mujer y yo, nosotros... Estamos interesados... Muy interesados. ¿Cómo se lo explicaría? La verdad es que estamos muy interesados. Realmente muy interesados.

HOMBRE.- Sí. Muy interesados.

MARIDO.- Mucho. Mucho.

MUJER.- Queremos un niño.

MARIDO.- Un niño. Muy bien dicho. Un niño. Estamos muy interesados en un niño. Un niño.

HOMBRE.- Pues han venido al lugar adecuado. Somos los mejores en cuanto a la búsqueda de niños en adopción, si es que están interesados en adoptar.

MARIDO.- Sí, sí. Claro. Adoptar.

MUJER.- Por supuesto. Adoptar.

HOMBRE.- Nuestra Asociación es, sin lugar a dudas, la más adecuada. Así lo demuestran los altos índices de

aceptación que hemos obtenido con los padres que han llegado hasta nosotros. Nadie ha quedado descontento con nuestros servicios. Y es que, claro está, nuestra labor parte de una idea sin ánimo de lucro. Nuestra labor es humanitaria. ¿Se imaginan ustedes la cantidad de niños huérfanos y pobres que hay en el tercer mundo? ¿Se pueden hacer una idea? No, no pueden. Nosotros les procuramos paz y bienestar social en el primer mundo. Por eso somos los mejores. Porque no pensamos nada más que en el bien. En hacer el bien. Sólo el bien.

MARIDO.- ¡Qué bien!

HOMBRE.- Comencemos... ¿Tienen ustedes alguna idea preconcebida sobre lo que quieren?

MARIDO.- ¿Una idea?

HOMBRE.- Sí. ¿Saben ya lo que quieren?

MARIDO.- Pues sí, un niño, ¿no?

MUJER.- Un niño en adopción.

HOMBRE.- Un niño es una categoría muy amplia. Es algo muy abstracto. Perdonen que les moleste con estas enojosas preguntas, pero debemos ser prácticos. Cuanto más prácticos seamos, más rápido irá todo.

MARIDO.- Eso espero, que vaya a todo rápido.

HOMBRE.- Así que, les vuelvo a preguntar. ¿Saben lo que quieren? Empecemos por el principio. ¿Qué quieren, niño o niña?

MARIDO.- ¿Niño o niña? Es verdad. Porque tiene que ser o niño o niña. ¿Verdad?

HOMBRE.- Eso me temo.

MARIDO.- Ya. ¿Tú que opinas, cariño?

MUJER.- Eso me da igual. Lo puedes elegir tú.

MARIDO.- ¿Yo? Pero si la que querías adoptar eras...

MUJER.- Elígelo tú. Y rápido.

MARIDO.- Está bien. Está bien. Elegiré yo... ¿Usted qué opina?

HOMBRE.- ¡Oh! Yo no puedo saber qué es lo que quieren, es algo muy subjetivo, varía según las personas, su

posición social, sus ambiciones políticas o culturales... Es muy variado. Y, en lo referido al precio, no hay diferencia alguna.

MARIDO.- Muy bien... Pues que sea niño. Niño. Sí, niño. Es mucho menos peligroso, ¿no cree?

HOMBRE.- Según para qué y cómo.

MARIDO.- Decidido. Un niño. Que sea un niño. ¡Póngame un niño!

MUJER.- ¡Serafín!

MARIDO.- Perdona, Inmaculada. Era una manera de hablar.

(El HOMBRE teclea en un ordenador. El computador comienza a hacer ruidos parecidos a los de la loza en la cocina. De repente vuelve el silencio.)

HOMBRE.- Ya está. Ahora necesitaría saber si tienen alguna predilección nacional.

MARIDO.- ¿Predilección nacional?

HOMBRE.- Nacional, racial, lingüística etc. Me refiero a que si quieren un niño negro, asiático, hindú, cobrizo o esquimal.

MARIDO.- ¿No son todos blancos?

HOMBRE.- Sí, claro. También tenemos blancos.

MARIDO.- Pues si tienen blancos, ya que la madre y el padre somos blancos...

HOMBRE.- He de advertirle que no deben tomarse esta elección muy a la ligera. Tan sólo porque los padres son blancos no es razón para elegir un hijo de otra raza. Hay que sopesar y valorar las razones. Por ejemplo, el hindú tiene los brazos muy largos, puede tranquilamente recoger aceitunas y frutas sin problemas. El negro, sin embargo, tiene los pies muy largos, por lo cual se le puede utilizar en operaciones que conlleven carreras o saltos. Y así todos. Cada uno tiene su especialidad. Cada uno vale para una cosa diferente. Tenemos una gran diversidad.

MARIDO.- Ya me he perdido. ¿Qué opinas tú?

MUJER.- No sé. Da un poco igual. Los ecuatorianos son muy trabajadores.

MARIDO.- Sí, pero todo el mundo adopta ecuatorianos. Tendríamos que hacer algo... algo más original.

MUJER.- No se me ocurre nada... Nada más original.

HOMBRE.- Por si les sirve de ayuda, quiero informarles de que disponemos de un alto stock de niños y niñas asiáticas que tenemos en oferta. Eso quiere decir que el precio es más reducido y también reducido es el tiempo en que se lo podremos servir.

MUJER.- ¿Asiáticos?

MARIDO.- De Asia.

MUJER.- Sé perfectamente de dónde vienen los asiáticos. Esa gente sólo come pasta de arroz y pescado crudo.

MARIDO.- Estos niños seguro que no comen ni eso.

HOMBRE.- Por otro lado, y aún a un precio más reducido, poseemos un listado de niños sin clasificar. Es decir, que no han sido clasificados por nuestro ordenador atendiendo a ningún orden externo tipo nacionalidad, raza, sexo, edad, peso, altura, color de pelo etc., etc. De todos ellos dispongo de material gráfico para que ustedes tengan más datos sobre los mismos.

(El HOMBRE despliega una pantalla de diapositivas sobre la que se proyectan los rostros de los niños de su stock. Son niños famélicos, hambrientos, acuciados por diferentes enfermedades y sufrimientos. El MARIDO y la MUJER acaban horrorizados.)

HOMBRE.- He aquí un pequeño muestrario de nuestro catálogo de varios. He de informarles que, a pesar de que necesitamos un tiempo para podérselos servir, el tiempo es mayor que el de nuestro stock asiático, ya que hay que contar con transportes, vuelos, almacenajes, visados, cuadernos de IATA, escalas, abrevaderos etc., etc.

MARIDO.- ¿Se puede saber cuánto cuesta un niño de estos?

HOMBRE.- ¿Un niño de nuestro catálogo de varios?

MARIDO.- Sí, de varios. Sin catalogar.

(El HOMBRE se sienta y toma una calculadora.)

HOMBRE.- Permítame. El niño propiamente dicho tiene un valor de sesenta y un mil trescientos cincuenta euros. Eso lo que es el niño, al cual habría que añadir los transportes, que varían según la zona del globo del que sean rescatados, almacenajes, víveres, visados, papeles, trámites burocráticos y administrativos, providencias jurídicas, escrituras notariales, registros en la cámara de comercio y dieciséis por ciento de IVA.

MARIDO.- ¿Total?

HOMBRE.- Redondeando... Unos cien mil euros.

(El MARIDO toma la calculadora del hombre y teclea unos números. Se queda mirando la pantalla de la calculadora. Se la entrega al HOMBRE y mira a la MUJER.)

MARIDO.- ¿No tendrá usted algo más... asequible?

HOMBRE.- Hombre, algo hay... Tenemos siempre algo. Pero claro... y a no podemos elegir. Ni sexo, ni raza, ni...

MARIDO.- ¿Cuánto?

(El HOMBRE arroja la calculadora en la mesa y, mentalmente, calcula.)

HOMBRE.- Hombre, yo creo que por unos... treinta mil, treinta mil quinientos euros... Yo creo... Sí, yo creo que sí... Más o menos.

(El MARIDO mira a la mujer. Asiente. Vuelve a mirar al HOMBRE.)

MARIDO.- Está bien, me lo quedo.

HOMBRE.- Lo bueno que tiene este catálogo es que ustedes no tienen que esperar, se lo llevan puesto.

MUJER.- Sí, ustedes pagan, se abre esa puerta y lo que salga es para ustedes.

MARIDO.- ¿Estás segura?

MUJER.- Paga, y que se abra esa puerta.

HOMBRE.- Como ustedes quieran. El cliente siempre tiene razón.

(El MARIDO rellena un cheque. El HOMBRE se acerca a la puerta, la abre y aparece un hombre o mujer (según necesidades de la compañía) de no menos de treinta años y, a ser posible, con barba.)

HOMBRE.- ¡Pero qué suerte han tenido ustedes! ¡Es blanco! ¡Y europeo!

(Con acento, el HIJO se acerca a los padres.)

HIJO.- ¡Papa! ¡Mama! ¡Papa! ¡Mama! ¡Papa, mama, papa!

MARIDO.- ¿De dónde ha salido esto?

HOMBRE.- De Albania. Un país europeo. Con grandes posibilidades.

MARIDO.- ¿No está un poco crecidito?

HOMBRE.- Ya dije que no se podía elegir. Y todo el mundo tiene necesidad de amor y cariño paternos.

(La MUJER se acerca al HIJO y lo acaricia. El HIJO sonrío como un perrito.)

HIJO.- Mama, mama, mama, mama, mama...

MUJER.- Hijo...

HOMBRE.- Estos son los momentos más gratificantes de mi oficio. Esto no se paga con nada. El amor... Poder ser

testigo de momentos como este donde aflora todo lo que el ser humano es capaz de amar. Todo lo que de bueno tiene el ser humano. **(Se seca las lágrimas y se guarda el cheque.)** Esto es impagable. Perdonen, pero no me puedo contener.

(El HOMBRE se seca las lágrimas, la MUJER coge al HIJO de la mano y vuelve su mirada al MARIDO.)

MUJER.- Está bien. Nos vamos. Adiós.

MARIDO.- Adiós.

(La MUJER sale con el HIJO. El MARIDO estrecha la mano del HOMBRE, pero este no para de llorar.)

HOMBRE.- Que lo disfruten, que lo disfruten. Con salud. Con salud lo disfruten.

(El MARIDO sale de la oficina, en la puerta se detiene y vuelve a echar un vistazo al HOMBRE, que sigue llorando. Aturdido, cierra la puerta.)

FIN